



# COMENTARIO DE UNAMUNO

La verdad, la verdad! Como corona y coronamiento de todo, la verdad! La tierra de esta isla ermitaña no miente; Fuerteventura dice al hombre, dice á sus hombres, á sus hijos, la verdad desnuda y descarnada, el esqueleto de la verdad. El que miente aquí es el cielo, que se cubre de nubes y no llueve. Pero la tierra, los huesos de tierra, el esqueleto de tierra? La verdad, corona y coronamiento de toda la vida humana; nada más que la verdad. Que llega á ser la suprema ilusión.

Estos barrancos secos y sedientos, cadáveres de ríos! Y, como todo cadáver, dicen la verdad descarnada, corona y coronamiento de la vida.

En ellos, en esos barrancos, entre pedruzcos calcinados, brota un mimo. ¿De dónde su verdor? Verdor de sequía, verdor de verdad. Fuerteventura dice la verdad descarnada y no engaña á sus hijos.

Esa pobre aulaga, esqueleto de planta, toda ella secas espinas y, por breve tiempo, flores, esa aulaga me recuerda á la retama, á la ginestra, la hirieta, que cantó Leopardi en su último y estupefacto canto. Aquel en que dijo de la Naturaleza que es para el hombre, su hijo,

«madre en el parto, en el querer madrastra.»

¿Madrastra? ¿Por qué? Porque le dice la verdad acaso, porque no le engaña? ¿Porque no trata de consolarle de que haya nacido? No, sino que el querer de esta tierra, de esta fuerte tierra descarnada, como es descarnada la verdad verdadera, el querer de esta tierra es querer maternal, esa fuerte madre que cría á sus hijos para después de la vida, para más allá de la vida.

Y esta verdad tiene sus verduras. Ahí, en las faldas de esos esqueletos de montañas, ruinas de volcanes á las veces, el verdor de las higueras; de las higueras con cuya hoja cubrieron nuestros primeros padres su desnudez. Y sus higos se secan al sol, y ellos, los higos secos, pasos, y el queso, el cuajado queso de las pobres cabras y ovejas que lamen estos pedregales, sirven de conducto para comer el gofio, esqueleto de pan, á los hijos de esta fuerte tierra de la verdad, de esta fuerteventurosa isla ermitaña.

Conducto, así la llaman aquí los majorerros—los fuerteventurosos hijos de esta isla—al higo y al queso con que acompañan al gofio, á la harina de trigo y maíz tostados, con que se alimentan. Lo esencial, el alimento, el verdadero alimento, es el gofio, es el esqueleto de pan, es la roca viva de este suelo, y lo otro, el higo, la leche cuajada, eso no es más que conducto, acompañamiento. En todas estas islas canarias, además, se usa el queso como entremés ó aperitivo, cual condimento. Alimentarse de raspaduras de los huesos de la tierra; tal el gofio. Y es

alimentarse de la verdad. Esta tierra, esta noble tierra descarnada, les dice á sus hijos la verdad; no les engaña. Y por eso la quieren.

¿Y qué ilusión más grande es la verdad! La verdad es el supremo engaño. Porque la verdad nos hace creer que hay algo más después de ella, más allá

de ella. Y es que nada hay en el fondo más consolador que los que los tontos—y los listos sin talento, que son más tontos que los tontos—llaman pesimismo. ¿Qué consolador leer aquí á Leopardi! En cambio los botarates, como tienen miedo á la verdad, no saben lo que es el supremo consuelo de la verdad descarnada. Y su alegría.

Alegría de dentro, alegría de las entrañas del corazón, alegría del esqueleto del corazón—que la tiene—, alegría de la razón satisfecha. Y para esa alegría no hay que acudir al vino. Los tontos dicen de uno que está alegre cuando está borracho, y no hay nada menos alegre que un borracho.

In vino veritas!—se ha dicho—«En el vino la verdad.» Pero no es así. En el vino la mentira. El vino engaña, como nos engaña la luz del sol al ocultarnos de día el mundo infinito de las estrellas.

¿Conocéis el estupendo soneto inglés de Blanco White? Os lo traduciré en prosa. Dice:

«Misteriosa Noche! Cuando nuestro primer padre te conoció por noticia divina y oyó tu nombre, ¿no tembló esta amable fábrica, por este glorioso pabellón de luz y azul? Pero bajo una cortina de traslúcido rocío, bañado en los rayos de la gran llama poniente, Héspero llegó con la hueste de los cielos, y he aquí que la creación se ensanchó á la vista del hombre. ¿Quién habría creído que tal obscuridad estuviese oculta dentro de tus rayos, ¡oh, Sol!, ó quién habría pensado que mientras se revelaban la mosca y la hoja y el insecto nos dejaras ciegos para semejantes orbes sin cuento? ¿Por qué hemos de temer, pues, á la Muerte con ansiosa brega? Si la luz puede así engañarnos, ¿por qué no la Vida?»

«El más bello y el más grandiosamente concebido soneto en nuestra lengua»—dijo Coleridge de ese soneto del hispanoinglés Blanco White.

Sí. La vida puede engañarnos; pero la verdad, la verdad descarnada, la verdad de los que los tontos llaman pesimistas, esa no nos engaña. Y esa fuerte verdad, esa verdad fuerteventurosa, es el supremo consuelo y es la suprema alegría. No hay risa como la de la calavera. Y esa risa dice que detrás de la verdad está la tras-verdad.

Fuerteventura no tiene palabra de honor, sino de verdad.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto Cabras de Fuerteventura, 1924.

## UNA ORIGINAL PARTIDA DE AJEDREZ

